

## DISCURSO

PARA EL DÍA 30 DE MAYO.

### MARÍA ES NUESTRA MADRE.

#### PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—*María es nuestra Madre.*

SUBDIVISIONES.—1. Es la Madre de la vida —2. Cooperadora a nuestra vida: 1.º Con su amor. 2.º Con su sangre.—3.º Con sus dolores.

**PUNTO SEGUNDO.**—*María demuestra ser nuestra Madre.*

SUBDIVISIONES.—Por las funciones: 1. De la nutrición.—2. De la preservación.—3. De la consolación.—4. De la reconciliación.

*Cum vidisset Jesus Matrem, et discipulum stantem quem diligebat, dicit Matri suæ: Mulier, ecce filius tuus! Deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua.*

Y como viese Jesús a su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: Mujer, hé ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: Hé ahí tu Madre.

(JOAN. XIV, 26, 27.)

**E**L pecador, A. H. M., encuentra en la bondad y en la paternidad de Dios una razón poderosa para esperar siempre, y esperar, sobre todo, que le concederá el perdón de sus culpas. Por mucho que nos hayamos encenagado en el fango de la iniquidad, siempre estamos a tiempo de elevar al Cielo los ojos, y al través de las nubes que pueden oscurecer nuestras miradas, nunca dejamos de hallar una figura que nos da confianza y aliento; y es que miramos en ella el bondadoso rostro de un Padre; por eso podemos decir y decimos todos los días: *Pater noster qui es in caelis...* perdónanos nuestras deudas.

Pero Dios lo ha hecho todo con armonía; y así como nos muestra en el Cielo la imagen de la paternidad, mostrándose El mismo, también nos muestra la imagen, más tierna aún, de la maternidad, ó más bien la realización más perfecta de esta imagen, mostrándonos a su Santísima Madre, la siempre Virgen María.

Y era necesario que así sucediese; porque la paternidad implica desde luego la maternidad. Donde quiera que hay un padre, no puede menos de haber una madre. Habiéndonos Dios llamado a formar parte de su familia, ha querido darnos una madre en el Cielo; de modo que, después de haber dicho: «Padre nuestro que estás en los Cielos,» podemos y debemos decir también: Madre nuestra que estás en los Cielos.

Esto, que era una necesidad, era asimismo una alta conveniencia. Todos necesitamos de la maternidad; y cuando hemos perdido nuestras madres, la falta de maternidad terrenal deja en nuestros corazones un vacío que nada puede llenar en la tierra. Sean cuales fueren las afecciones del mundo que influyan en nuestro corazón, siempre echamos de menos la influencia celestial, llena de amorosos cuidados, que ejercía en nosotros nuestra madre.

Hé aquí por qué Dios ha querido que tuviésemos, no sólo una madre en la tierra, sino otra también en el Cielo.

De esta maternidad de la Santísima Virgen es de la que en este día quiero hablaros. Hasta el más pecador hallará un nuevo motivo de confianza; y el que desgraciadamente desconfíe, por sus muchas culpas, del Padre Celestial, confiará, yo lo espero, en la Madre amorosa que el mismo Señor le ha dado.

El mismo Jesucristo, M. A. H., proclamó esta maternidad humana de la Virgen María. Según todos los Santos Padres, San Juan, el amado discípulo, era el representante de la humanidad, y a él fué a quien el Divino Salvador, desde lo alto de la cruz, dirigió estas palabras: *Hé ahí tu Madre.*

Sí, H. M., María es nuestra Madre, y como tal obra siempre: ella tiene una verdadera maternidad, y ejerce para con nosotros todas sus funciones con la esmerada perfección que se observa en todos sus actos.

Pero antes de seguir demostrando las consoladoras verdades que dejamos indicadas, invoquemos su sagrado nombre, diciendo con el Angel:

AVE MARÍA.

#### PUNTO PRIMERO.

MARÍA ES NUESTRA MADRE.

Un día, M. A. H., un Santo, muy joven por cierto, que en sus cortos años había adquirido las más sublimes virtudes, se dejó arrebatar por uno de los trasportes de filial ternura que hacia la Reina de los Angeles experimentaba; y habiéndole preguntado un testigo por qué amaba tanto a la Santísima Virgen, aquel ángel de la tierra ex-

clamó mirando al Cielo y dejando ver en su rostro el celestial arrebatado de su amor: «La Madre de Dios es mi Madre:» *Mater Dei, Mater mea est.*

Este era, H. M., el secreto de su felicidad, el secreto de la ternura que por la Virgen experimentaba.

Nosotros también podemos decir, mirando al Cielo: «¡La Madre de Dios es mi Madre!»

El sentimiento de la maternidad humana de la Santísima Virgen está tan profundamente grabado entre los pueblos católicos, que sería casi inútil dar las razones de esta creencia. Nosotros, sin embargo, daremos algunas, que nuestro corazón comprenderá muy fácilmente.

La primera razón que se presenta desde luego es ésta: La Santísima Virgen es verdaderamente la Madre de los hombres, porque en el plan divino de la Redención entró ella como Madre de la vida.

¿Y qué es la Redención? No es otra cosa que la restauración de lo que fué en un principio. Para comprender bien el misterio de la Redención, es preciso saber lo que fué en un principio. Voy á tratar de haceros comprender el papel que la Santísima Virgen desempeñó en este gran misterio.

En un principio, Dios había dado una doble vida al hombre y á la mujer, que debían ser los propagadores de la raza humana: una vida divina y otra vida humana, ó, si se quiere, una vida natural y otra sobrenatural; una vida natural y humana, por la que estaban en contacto con las cosas de la creación, y otra sobrenatural y divina, por la que estaban en relación directa é inmediata con el mismo Dios. Esta era la grande armonía primitiva. Adán y Eva debían ser, según el plan divino, los propagadores de esta doble vida, procreándonos para la inmortalidad y para la eternidad.

Pero vino el pecado, H. M., y como consecuencia, el gran trastorno que todos sabemos, y hé aquí en lo que consiste principalmente.

El pecado entró en el hombre y arrojó de él la vida divina; esta vida volvió al lugar de donde había salido, es decir, á Dios: y en el hombre no quedó más que la vida humana, los elementos de la vida natural. De modo que, en vez de propagar á un mismo tiempo la vida divina y la vida humana, nuestros padres se vieron imposibilitados de propagar la vida que ya no tenían, y nos transmitieron sólo aquella que les había quedado; esto es, la vida puramente humana y natural. Hé aquí el trastorno á que dió lugar el pecado. Entonces fué cuando Dios tuvo el pensamiento de restaurar todas las cosas, y según la expresión de uno de los Santos Padres, concibió el designio de rescatar á los hombres; y en el mismo instante, añade San Pedro Damiano, el nombre de la Santísima Virgen salió de los tesoros de la Divinidad; porque en efecto había decretado la Divina Providencia que toda esta grande obra se cumpliera con ella, por ella y en ella.

Dios había dicho: El pecado ha destruido mi obra; pues bien, yo voy á restaurar todas las cosas, y á rehacer el mundo antiguo, á lo menos en sus elementos esenciales. Adán y Eva, en vez de hacerse

los propagadores de la vida divina, se han hecho los propagadores de la muerte; han procreado una raza que viene al mundo con ese germen mortal; yo voy á cambiar todo esto y á crear un nuevo Adán y otra nueva Eva, esto es, un Hombre-Dios y una Virgen enteramente pura. Hé aquí el pensamiento divino. Un hombre prevaricador ha interrumpido la propagación de la vida; un Hombre-Dios va á restaurar todas las cosas. *Eva*, que significa madre de los vivos, ha venido á ser la madre de los muertos; pues bien, una nueva Eva será verdaderamente *Eva*; será, por decirlo así, la corrección de la primera que llevó este nombre, según la expresión de Tertuliano, y será en fin la verdadera Madre de los vivos.

Entonces se decretó en los altos juicios del Omnipotente que la Santísima Virgen entrase en el plan de la Redención como la Madre de la vida, y nuestro Divino Salvador como el Padre de las futuras generaciones.

No era otra que María la mujer de que Dios hablaba, cuando entreviéndola en lo porvenir, dijo á la serpiente: «Esa mujer aplastará tu cabeza; tú has introducido la muerte en el universo; esa mujer volverá á traer la vida, te vencerá y será la madre de la verdadera raza de los vivientes.»

Hay además otra razón de la maternidad de la Santísima Virgen, que será acaso más palpable para vosotros, y es, que esta Señora es verdaderamente la madre de los hombres, porque ha cooperado de un modo muy positivo y especial á la vida que nos hace ser lo que somos, hijos de Dios. Ella ha cooperado á la formación de esta vida de tres maneras: con su amor, con su sangre y con sus dolores.

Así como el Padre de los siglos futuros, nuestro Divino Salvador, iba á serlo por ese acto supremo á que se entregaba enteramente, era necesario que la Madre se entregase también, por un acto de amor, sin reserva.

¿Y en qué momento de la vida de María tuvo lugar ese acto sublime de abnegación y de amor, que debía hacerla nuestra Madre? Más que en ningún otro, en el instante solemne en que el Angel llegó á anunciarla la gran nueva. Gabriel descendió de los Cielos; y al revelar le los designios de Dios, le reveló también su propio porvenir. Puso ante sus ojos, por una parte, su dignidad, por otra sus dolores; ó mejor dicho, le presentó una y otros simultáneamente, porque sus dolores habían de nacer de su misma dignidad. Tratábase nada menos que de hacerse la repercusión solemne, por decirlo así, de todas las amarguras que estaban reservadas al Divino Salvador de los hombres. El Angel le hizo entrever á lo lejos todos los dolores del Calvario; ella vió en él al Hombre-Dios; ya clavado en la Cruz, y comprendió que debía experimentar su alma todas las penas y sufrimientos que aguardaban en el mundo al Redentor que iba á nacer.

¿Y acaso vaciló la Santísima Virgen un solo instante en vista del suplicio que debía terminar en el Calvario? Es verdad que se turbó por un momento, pero aquella turbación fué la de la virtud; hubo un

instante en que parecía que una nibe envolvía su pensamiento ; pero era porque la Virgen no sabía precisamente de qué modo podría cumplirse la maravilla que se le anunciaba. Mas luego que el Angel del Señor dispuso aquella nube, diciéndola que para Dios nada hay imposible, entonces salieron de los labios de la Virgen Santísima estas palabras verdaderamente creadoras, estas palabras de amor que la convirtieron en Madre de los hombres : *Fiat mihi secundum verbum tuum.*

Los Santos Padres han ensalzado estas palabras de la Virgen, este *fiat* que era realmente la creación de un mundo enteramente nuevo ; y San Bernardo no vacila en decir que desde el momento en que María consintió de una manera tan terminante, nos llevó á todos en su seno, como una madre lleva á sus hijos. En efecto, nosotros íbamos á ser hijos suyos. Hé aquí la cooperación de su amor.

Hemos dicho que cooperó también con su sangre, con su sangre virginal. El Autor de la vida sobrenatural, que nos hace cristianos é hijos de Dios, es el Verbo ; pero, notadlo bien, el Verbo encarnado. Si el Verbo no se hubiese hecho carne, dice San Agustín, nosotros no hubiéramos podido asimilárnoslo á la manera de los Angeles, porque no somos Angeles, sino carne ; debiendo, pues, el Verbo y queriendo ser nuestra vida, tuvo necesidad de hacerse carne : *Et Verbum caro factum est.* Así es, que encarnándose, es como ha podido asimilárnoslo é identificarse con nosotros, por cuya razón ha dicho San Pablo : ¡El Cristo es nuestra vida! Pero esta carne en que el Verbo tomó la vida es el seno virginal de María Santísima. Sí, la sangre de la Santísima Virgen contribuyó á la formación de ese cuerpo privilegiado, de ese cuerpo divino. Por eso su purísima Madre, llevando en sus brazos al niño Jesús, cuando vino al mundo, dijo con mucha razón : «Tú eres hueso de mis huesos, carne de mi carne y sangre de mi sangre.»

Ya lo veis, M. A. H., la Santísima Virgen cooperó de una manera activa, física y realmente, hasta con su sangre, á la formación del Autor de la vida. Ella es, pues, verdaderamente nuestra Madre.

Prestó además otra cooperación, si se quiere más decisiva, que fué la de sus dolores. Cuando Dios creó al hombre y se alegró El mismo contemplando su obra, pronunció, según dice la Escritura, estas palabras : «No es bueno que el hombre esté solo ; hagámosle ayuda semejante á él.» Y Dios creó entonces á nuestra madre Eva. Pero ¿de dónde fué á sacarla? De nuestro mismo padre, de su propio cuerpo, porque Dios quería crear la unidad. Lo que Dios ha hecho en la restauración de la vida es enteramente análogo : el Padre de la vida debía engendrnos al mundo sobrenatural por medio de los dolores. Sobre la Cruz, en el Calvario, cuando el dolor se había apoderado de su cuerpo y de su alma, es cuando Jesucristo llegó á ser verdaderamente el Padre de la vida.

Al ver á su Hijo, nuestro Salvador, clavado en la cruz, dijo Dios para sí : Hé aquí el Angel de los dolores, hé aquí el Padre de la vida ; hagámosle para esta grande obra un sér semejante á él mismo ; le

hace falta una Madre. Hé aquí el Padre ; la Madre será semejante á él y será hecha á su imagen ; y pues el Padre es el dolor personificado, la Madre será una repetición de esos mismos dolores.

¿Dónde está esa mujer? Que venga á contemplar al Hombre del dolor, y contemplándole se haga Ella misma á su imagen.

Y en efecto, llegó la Virgen María, miró á su Divino Hijo, y de una sola mirada se formó á su imagen. Hubo momentos en que bien pudo decir : ¡Yo soy la Madre de los dolores! Hé ahí el Angel de los dolores, el Padre de la raza futura, y hé aquí la Madre de los dolores, la Madre de la raza futura.

Entonces fué cuando nuestro Divino Salvador, dirigiendo hacia ella los ojos, pudo decirle : Ahora, mujer, *Mulier*, eres digna de ser conmigo la Madre de la raza futura ; tú eres hecha á mi semejanza ; yo doy la vida al universo con mis dolores y tú la das á la humanidad con los tuyos, porque eres hecha á la imagen de mis dolores. Mirad, hombres, al Padre y á la Madre ; ved mis dolores y contemplad los suyos ; hé ahí vuestra Madre, pues conmigo os da á luz en el dolor.

La Santísima Virgen prestó, como estáis viendo, una triple cooperación, al crear nuestra vida, cooperación que prueba que ella es real y verdaderamente, no sólo la Madre de Dios, sino también la Madre de los hombres.

Nosotros, pues, levantando los ojos al cielo todas las mañanas, podemos decir á la Santísima Virgen : ¡Oh Madre! vos sois verdaderamente mi Madre, y no puedo dejar de repetiroslo : vos sois mi Madre y todo en vos me lo demuestra.

## PUNTO SEGUNDO.

### MARÍA DEMUESTRA SER NUESTRA MADRE.

Con efecto, M. A. H., María demuestra que es nuestra Madre, no sólo porque de tal lleva el nombre, sino porque ejerce todas las funciones de la maternidad.

Las primeras funciones de la bondad y del amor materno son : la de la nutrición, la de la preservación, la de la consolación y la de la reconciliación.

¡La nutrición! Lo primero que debe hacer una madre es alimentar á su hijo. Luego que el niño nace, su madre debe continuar formándole con su propia sustancia. La ley providencial, la ley universal manda que toda madre nutra y alimente á su hijo, con su propia sustancia ; porque una madre debe ambicionar sobre todo que su hijo se le asemeje, y este es sin duda alguna el mejor medio de asimilación.

Cualesquiera que sean las razones que en el orden natural alegue una madre, para dispensarse de estas funciones, lo cierto es que la Santísima Virgen no se dispensó de ellas jamás, ni tampoco puede ni quiere dispensarse. María es nuestra Madre en el orden sobrenatural; nos da la vida, y continúa siempre alimentándola, por lo cual la llama la Iglesia lo que es verdaderamente: «Madre alimentadora.»

La Santísima Virgen es la realización de estas bellas palabras del profeta Isaías: «Vosotros seréis acercados al pecho como tiernos niños... Yo soy la que os llevaré á mis pechos hasta en mis últimos días... Yo os llevaré á la inmortalidad, porque soy inmortal; yo no tendré otra vejez que mi inmortalidad misma.»

¡Qué imagen tan bella! Si yo pudiera pintar mis pensamientos, creo que trataría de realizar esta imagen. ¡Qué cuadro tan bello sería el de esta maternidad celestial, llevando en sus brazos no sólo al niño Jesús, sino á todos nosotros, á todo el género humano, que es también hijo de la Santísima Virgen!

Cuando una madre no puede alimentar á su hijo con su propia sustancia, no por eso está relevada de la obligación de alimentarle. En la familia, tal como Dios la ha constituido, el padre es el que tiene el deber de proporcionar los recursos, pero la madre es la que distribuye el pan entre sus hijos.

Lo mismo sucede con la Santísima Virgen y nuestro Divino Salvador, que, como Padre de la vida, nos ha alcanzado los tesoros del Cielo con sus dolores; pero después ha dicho á su Madre: Madre mía, distribuidlos entre los hijos de nuestra familia. Y la Virgen, en efecto, es la que ejerce esta función importante.

¿Y qué resultados da ésto para la práctica? Que nosotros debemos conducirnos respecto á la Santísima Virgen, como si realmente fuésemos tiernos niños. ¿Qué hacen éstos, cuando tienen hambre ó sed? Acudir á su madre, diciendo: Tengo hambre, tengo sed, madre mía.

Después de los cuidados de la nutrición, vienen naturalmente los de la preservación.

La madre debe, no sólo sostener la vida de su hijo, sino también preservarla.

Una de las más bellas imágenes de la maternidad es la gallina, que reúne sus polluelos bajo sus alas, pareciéndole que con ellas los pone al abrigo de todo riesgo.

Ya habréis visto con cuánta solicitud los llama cuando los cree amenazados del menor peligro.

Dios también parece que ha provisto de alas á toda maternidad, principalmente á la de la Santísima Virgen, á quien las ha dado muy poderosas para proteger con ellas á su gran familia. Pero acaso se le ocurrirá á alguno preguntar: ¿De qué sirve esa protección secundaria? Si Dios es nuestro gran protector, ¿para qué necesitamos la de la Virgen, que al cabo es una criatura? ¿No dispone Dios de todos los medios necesarios para detenernos, sin ayuda ajena, en el borde del precipicio?

¡Oh madres! No es á vosotras seguramente á quienes pueden ocurrir estas objeciones. Al ver á un hijo vuestro al borde del abismo, próximo á caer, á precipitarse en su fondo, ¿podréis decir con calma: «Que Dios le tienda su mano y que El sea el que lo detenga?» Nó; vosotras comprendéis muy bien que sois las especiales protectoras puestas por Dios para preservar su vida.

Con este mismo objeto ha colocado Dios en la tierra á la Santísima Virgen, y Ella extiende á nuestro alrededor sus protectoras alas y nos liberta de todo peligro.

San Buenaventura, inspirado por el sentimiento católico de esta protección, exclamaba: «Cuando os veáis en algún peligro ó tengáis alguna aflicción, volved los ojos y llamad á María. Cuando conozcáis que se levanta alguna tormenta en el horizonte de vuestra alma; cuando os parezca que vuestra nave se va á estrellar contra las rocas de la tentación, recurrid á María, que Ella es poderosa y es la que debe protegeros.»

¿Habrá quién califique de fanatismo el entusiasmo religioso de este gran Padre de la Iglesia? Nó; quién le hacía hablar era el sentimiento que tenía de la maternidad de la Santísima Virgen, el sentimiento católico de esta función que Dios le ha confiado para preservarnos de todo riesgo.

La tercera función de la maternidad es la consolación.

Toda maternidad debe ser consoladora. ¿Por qué? Hélo aquí. A pesar de todas las precauciones que toma la maternidad, el hijo puede caer y herirse. Esta herida tiene necesidad de consuelo. ¿Y dónde va á buscarlo? A nadie se dirige más que á su madre, porque ella sola es la que le puede consolar. ¿Y qué es lo que necesita esta madre para darle consuelo en su dolor? Muy poco, H. M.; una mirada, una lágrima de ternura: menos que esto aún; un aliento de su boca. Sí, el aliento maternal cura todos los dolores de un hijo. Es ya casi un axioma, y se cree generalmente, que una madre para curar á su hijo no necesita más que un soplo; creencia que prueba, cuando no otra cosa, el poderoso influjo de la maternidad.

La Santísima Virgen puede curar también con un soplo todos nuestros males.

Así, pues, cuando tengáis dolores en vuestra alma, no os dirijáis á los que nada pueden hacer para consolaros, sino id en derecha á vuestra Madre, mostradla vuestra herida, hacedla presente vuestros dolores, y decidla: Madre mía, ya me veis que estoy triste, que es grande mi dolor, y vos me podéis consolar, porque sois mi madre; vos sois el consuelo de los afligidos, de vuestros hijos que lloran; vedme á vuestros piés, mirad mi aflicción y compadeceos de mi llanto.

Por último, M. A. H., la Santísima Virgen ejerce, ante todas, las funciones de la reconciliación.

A veces experimentaréis dolores de que vosotros mismos habéis sido la causa; habéis dejado caer vuestra alma en el pecado, y ésto os

ha traído con el remordimiento un saludable terror. Entonces os echáis á temblar; no os atrevéis á dirigir á Dios la palabra, ni áun á mirar siquiera su rostro; huís hasta de la Cruz, y no osáis levantar los ojos del suelo. ¿A quién os dirigiréis entonces? ¿No hallaréis en ninguna parte una fisonomía bastante dulce para infundiros el valor que necesitáis para levantaros? Sí, H. M.: ese afable rostro es el rostro de María; quien ha de alentaros es la maternidad de la Santísima Virgen, á quien Dios ha concedido, sobre todos sus altos ministerios, el de la reconciliación.

¿Qué es lo que se necesita para reconciliar á dos seres que están en desacuerdo? Apoderarse del uno y del otro, y tener bastante influjo para acercarlos. Pues bien; la Santísima Virgen posee esta doble influencia hasta un punto maravilloso: por una parte influye sobre su Hijo y lo atrae con su poder hacia sí; por otra está en contacto con nuestra humanidad y emplea su influencia en hacer que nos acerquemos á ella, y por consiguiente á Jesucristo.

¿Qué poder tan grande es el que emplea para atraer á sí á su Divino Hijo, M. A. H.? Sólo el poder de la simpatía. Su corazón es muy simpático para el de Jesús; tiene un corazón de madre, y el corazón de una madre lo puede todo con el de un hijo. ¿Puede alguno negarse á escuchar á su madre cuando ésta le ruega?

Sucedió un día en la República romana que un ciudadano ilustre, después de prestar á su patria servicios eminentes, obtuvo el destierro por recompensa. Salió de Roma, pero abrigando en su corazón el deseo de una terrible venganza, y dijo para sí: Voy á buscar enemigos de Roma por todas partes, y volveré al frente de ellos á hacer la guerra á mi patria. En efecto, volvió como lo había proyectado, y se difundió en la ciudad un grande terror cuando se supo que el general se acercaba con los enemigos. No se sabía qué protección debería buscarse, y recurrieron á los grandes poderes de Roma, los cuales aconsejaron que se invocase la majestad de la patria; Coriolano resistió. Acudióse luego á la religión, y ésta, con el prestigio de sus dioses, se presentó suplicante á aquel hijo rebelado; Coriolano resistió también. Pero de pronto se esparce el rumor de que la cólera de Coriolano acababa de ceder en un momento. ¿Qué era lo que había sucedido? Que una mujer se había presentado en el campo; aquella mujer se llamaba Veturia: era la madre del caudillo. Este fué el último, el supremo recurso de la patria. Cuando el altivo romano la vió de lejos, creyó que triunfaría también de las súplicas de su madre; pero mucho se engañaba; no había contado bastante con la naturaleza. Aquella mujer llegó, abrazó llorando sus rodillas y le dirigió palabras que sólo una madre encuentra en su corazón, para vencer la resistencia de un hijo; y tales fueron sus ruegos, que el general, tendiendo la mano á su madre para levantarla, le dijo así: «Madre mía, habéis triunfado de Coriolano; Roma se salva, pero vuestro hijo está perdido.» Y así sucedió, porque, salvando á Roma, se entregó á la venganza de sus soldados.

Ahora os pregunto: si una madre pudo triunfar del corazón de aquel feroz republicano, ¿cómo es posible que la Virgen no triunfe del corazón amante de su Hijo? Nuestro Divino Maestro se sometió á las leyes y á las condiciones de la humanidad; se hizo hombre; de consiguiente se sometió también al gran poder moral de la maternidad, que es el mayor que en su género existe. De modo que, cuando la Santísima Virgen se vuelva hacia él mostrándole el seno que lo ha alimentado; cuando le diga con su maternal acento: «Hijo mío, yo soy vuestra Madre y os ruego por ese pecador,» ¿cómo el Señor ha de negarse á sus súplicas?

Y bien, M. A. H., cuando la Virgen Santísima se vuelva hacia vosotros, ¿os encontrará insensibles? ¿Tendrá sobre vosotros menos poder que sobre el mismo Dios? ¡Ah, si comprendiésemos el misterio de la compasión de María! ¡Si pensásemos bien que ella es una Madre que nos ruega, no sólo por su amor maternal, sino por sus maternales dolores! Ved que os dice: «Yo soy vuestra Madre: por los dolores que me habéis causado vosotros mismos, os ruego que volváis hacia mi Hijo Jesús.» ¿Podréis resistir á esta voz del dolor maternal? ¿Será posible que paséis por delante del Calvario, que veáis á la Madre de los dolores con el rostro bañado de lágrimas, y digáis sin conmoveros: «Yo soy el que he causado esos dolores; yo soy el que ha clavado ese puñal en el corazón de mi Madre, de mi Madre que es la que me suplica?» Nó, H. M.; cuando se llega á escuchar esa voz, no se la escucha mucho tiempo sin ser vencidos. Escuchad, pues, esa elocuencia victoriosa de la maternidad, mucho más poderosa que ninguna otra palabra; escuchad esa elocuencia y seréis vencidos, no para vuestro mal, como Coriolano, sino para salvaros eternamente.

¡Oh bondadosa Madre! permitidme que, al concluir este discurso, os dirija algunas palabras por estos vuestros hijos, á quienes acabo de hablar de vuestra maternidad. Cuando acudan, Señora, á vuestro templo, acordaos de que sois su Madre; cuando abatidos por la tempestad, perseguidos por los peligros ó asaltados por las desgracias del mundo, acudan á vos como tímidas palomas asustadas por la tormenta, tendedles vuestros brazos, abridles vuestras alas, porque son vuestros hijos. Cuando vengan á depositar en vuestro seno esos dolores, que no se pueden descubrir ni á las personas más íntimas de la familia, sino á vos sola, ¡oh piadosa Madre! acordaos de que Dios os ha hecho el consuelo de los afligidos: consolad sus dolores, que son los dolores de vuestros hijos. Por último, cuando algún pecador, después de permanecer largo tiempo en la iniquidad, quiera reconciliarse con vuestro Divino Hijo y venga á implorar vuestra intercesión, emplead entonces todo vuestro poder, abrazadle, estrechadle contra vuestro seno y reconciliadle con Jesús, nuestro Salvador, para que un día, reunidos todos en vuestro maternal regazo, como verdaderos hijos, disfrutemos de la eterna gloria. Amén.

P. FÉLIX.